

Los peces en el río

(Se levanta el telón, mientras se oye el popular villancico "Los peces en el río". La cocina de un hogar acomodado, aunque con poca luz. La NIÑA, sobre la mesa, escribe una carta. Viste delantal y cofia. Antes de poner la primera letra, mira hacia los lados, en particular hacia la puerta de la cocina, que está oscura, como si tuviera miedo. Escuchamos entero el villancico.)

NIÑA: *(Suspira y se concentra sobre las cuartillas. Escribe despacio, con trabajo, deletreando el contenido, que adorna con pensamientos en voz alta.)* Te escribo, abuelito, y ya era hora, porque no quiero que pase esta noche sin mandarte un beso muy fuerte y decirte lo que me acuerdo de ti, que es tanto que no sé cómo ponerlo... Los señores me han dejado sola... Se han ido a la Misa del Gallo, después de haber cenado, y aprovecho este momento, pues luego, durante el día, con todo el jaleo, apenas tengo un rato libre... ¡No veas lo enorme que es la casa...! Todavía me da un poco de miedo... *(Apreensiva mirada hacia la puerta.)* Menos mal que el pequeñín me hace compañía y en cualquier momento se despierta pidiendo el biberón... Ya se lo he puesto a calentar... *(Aguza el oído un segundo y en seguida vuelve a su tarea.)* Me gustaría estar contigo, en nuestra casa, que es mucho mejor y más bonita que ésta y no te pierdes, como me pasaba a mí al principio... Hoy es Nochebuena y es la noche que más feliz me pone y también la más triste... Soy feliz porque hoy Dios es pequeño y acaba de nacer... Aunque el pobre estará pasando frío y tendrá los piecitos, tan chiquitines, helados, y eso que su mamá le abrigará lo mejor posible en el establo, poniéndole en el lugar más recogido y al calor del buey y de la mula... Y también estoy triste porque tú estás solo y a lo mejor no tienes tu botella de vino, que da calor por dentro y es necesaria para mantener buena la salud, que siempre me lo has dicho y no podía faltarte el

vino y menos hoy, que nace Dios y de alguna manera hay que celebrarlo... Yo también estoy sola, abuelito, desde que me mandaste aquí a ganar dinero, porque no quedó más remedio que mandarme, que tú no puedes trabajar y eres pobre y si tú lo eres yo también, y hubo que pagarte a ti también el hospital, como a mamita... Y gracias a Dios que te pusiste bueno. Todos los días rezo por ti y por mamita... Mamita está en el cielo y a ti no se te ocurra irte hasta que pasen muchos, muchos años... *(Pausa.)* Es una pena que no me hayan dejado ir a verte, y eso que se lo pedí al señor, que me había dado ya el permiso, pero luego vino la señora y dijo que no podían prescindir de mí, aunque cogiera el tren de vuelta al día siguiente... Puede que haya sido lo mejor, pues menuda llantina me habría entrado de no haber tenido casi tiempo de besarte y abrazarte y de limpiar la casa, que seguro que la tienes como una leonera y mira que te he dicho siempre, abuelito, que hay que ser más ordenado... Por eso no me habrán autorizado el viaje los señores, que en el fondo son muy compasivos y han sabido que la pena se aguanta mejor sin tantas separaciones tan seguidas... *(Pausa.)* El señor es abogado y defiende muchas causas... Cuando no está en juicios, se lo pasa encerrado en el despacho... Tengo prohibido entrar en él, aunque me he asomado y está lleno de papeles: encima de la mesa, por las sillas, en el suelo... Hay que ser muy inteligente, como lo es el señor, para meterse todo eso en la cabeza y acordarse... ¿Te imaginas que estuvieras en un juicio y de repente te quedaras mudo porque te has olvidado de lo que tienes que decir...? Al señor seguro que no le pasa, y por eso todo el mundo le encarga su defensa, pobre gente que se ha visto metida en un lío, como nos pasó a nosotros con lo del contador de la luz y a ti te querían meter en la cárcel, que tuvimos que pedir ayuda en la parroquia... *(Compungida.)* El otro día, la señora me dio un pescozón porque el chiquitín, que duerme conmigo, al lado de mi cama en una cuna, se despertó llorando y yo seguí dormida como un tronco sin oírle... Y es que me acuesto rendida de tanto trabajar y hacer recados y todo lo que me manda la señora, que no pasa un minuto sin que tenga necesidad de algo... El caso es que la señora me levantó de la cama de un tirón, dándome voces y que si yo creía que me pagaban por dormir... Y lo que me dolió no fue el golpe, que casi no tenía fuerza, sino las palabras de la señora y el tono en que las dijo, que me sentí después muy mal por si al niño, por mi culpa, le hubiera pasado algo y

nunca me lo podría perdonar, y la señora, pues, tuvo razón... (*Suspira.*) Me vas a perdonar, abuelito, si la carta está llena de faltas, aunque yo siempre he pensado que lo importante es que te entiendan, pero no por eso hay que descuidar la educación, sino que yo fui poco al colegio y ahora no puedo... Menos mal que tú me enseñaste lo que podías, que tampoco era mucho, con el pozo de ciencia que tú eres, sólo que en seguida te ponías a beber de la botella quedándote dormido y no te iba a despertar, que el sueño es sagrado, menos cuando yo me duermo y el chiquitín está llorando... (*Presta atención por si le oye.*) Pienso que lo que pudo molestarle a la señora fue que le dijera que el bebé tenía ganas de la teta de la señora y que por qué no se la daba, que a los pequeñines, me he dado cuenta, y esto lo he aprendido sola fijándome en el barrio, a los pequeñines lo que más les gusta del mundo es tirar de la teta de su madre, y la otra cosa que les gusta tanto es dormir y que su mamá les cante una canción... (*Apenada.*) Yo no me acuerdo de cuando mamita me cantaba, pero sería lo más bonito del mundo... Y es lo que le dije a la señora, que la criatura quería chuparle de la teta, como todos los niños de su edad, y encima me dijo que era una ordinaria, y me mandó que le calentara el biberón, que es una de mis obligaciones principales, ni tan caliente que se abrase la lengua el pequeñín, ni tan tibio que no quiera bebérselo... Y no sé por qué su madre no se saca la teta, a lo mejor es que no tiene, que yo las he visto grandes y enormes en el barrio, y a todo el mundo, también a los hombres, les encantan... A los hombres un horror, que se lo he escuchado muchas veces a los que están subidos al andamio... Y a la señora apenas se le notan, que casi parece que tiene más tetas el señor, de grande, fuerte y poderoso que es, que todo el mundo le respeta y vienen de fuera a consultarle... Pero lo de las tetas del señor me lo callé, que me da la espina de que a la señora le iba a gustar todavía menos que lo de que se sacara ella las suyas... Así que le preparé el biberón al niño y se lo di, quedándose dormido luego, pero yo ya no podía descansar, que tenía que hacer otros trabajos... (*Se detiene brevemente para descansar la mano.*) Qué pesado es escribir, abuelito, pero como te escribo a ti lo hago con gusto... Ahora estoy sola en la casa, ¿te lo dije...? Sola con el pequeñín, que está en mi cuarto, al lado, y que me recuerda al Niño que esta noche nace... Los señores, acabada la cena, que ha sido muy buena y yo me la he ido comiendo en la cocina mientras les servía a ellos en la mesa, y me han

dato turrón... Sí, turrón, abuelito, y ojalá lo hubieses probado... Pero te contaba que, acabada la cena, los señores se han ido a la Misa del Gallo, que es una costumbre de esta casa en la que se empeña la señora, que el señor no parecía con muchas ganas de ir... Y me han insistido mucho en que no me durmiera y que le diera el biberón al niño cuando lo pidiera... Pero la señora me lo ha dicho de una manera que me ha hecho sentir mal, como si me distrajera a propósito y descuidara al bebé, que lo quiero mucho y él también, y empieza a preferirme a su mamá, porque soy la que lo cuida, lo alimento, le baño, le cambio los pañales, que al principio no sabía, pero aprendí rápidamente y el pequeñín lo nota y lo agradece... Y cuando me duermo, que no me pasa nunca, sólo la vez que te he contado, es que no puedo más de cansancio, sin que lo haga aposta, y me dolió tanto que me riñera la señora, que tiene una forma de decir las cosas como si una lo hiciera todo mal... Aunque soy la primera en reconocer que tengo todavía mucho que aprender, pero voluntad no me falta y procuro siempre adelantarme a lo que me piden los señores... Les preparo el desayuno, la ropa del señor para que la tenga lista al día siguiente, que la ropa de la señora prefiere preparársela ella, que es muy cuidadosa y elegante y el señor la mira a veces con una cara como de que no le gusta que su mujer sea tan presumida... Pero no quiero criticar, sino que sólo te cuento que me ocupo yo de tantas cosas y de prepararle el baño al señor cuando viene cansado de algún juicio, que se pasa después las horas muertas metido en la bañera... (*Risita.*) Te quiero contar lo del baño del señor de hace dos días, que cuando lo recuerdo me entran otra vez las ganas de reír y me las tuve que aguantar, que si no me habrían echado de esta casa, con la falta que nos hace el dinero que yo gano, aparte de que le tengo cogido cariño al pequeñín... Pues resulta que cuando lleno de agua la bañera pongo también un puñado de sales, ¡fíjate, abuelito, sales!, para que salga espuma y luego me retiro y el señor se pasa allí las horas muertas... Y hace dos días lo hice como siempre, menos que en lugar de echar las sales le volqué un bote de ceniza que acababa de coger de la chimenea y el señor, que estaría pensando en otra historia, se metió en el baño y en seguida se le escuchó decir que qué mierda era ésa... Sí, abuelito, que aquí serán todo lo finos y educados que sabemos, y no se lo vamos a discutir, ¿verdad?, pero el señor gritó mierda con todas las letras, y me asusté tanto al oírlo que me di cuenta de repente de lo que había hecho, que todavía tenía el

cubo de las cenizas en la mano... Y aunque la culpa la tuve yo, también la tuvo la señora, que me aturde y aturulla con tantas órdenes que me da, que no he terminado una tarea cuando ya me manda otra, y en este caso que te cuento mezclé vaciar el cubo de cenizas, que tenía en una mano, con echar las sales, que tenía el frasco en la otra mano... Y me asusté muchísimo de verte al señor salir con una toalla en la cintura y repetir lo de la mierda, con todas sus letras, abuelito, y le vi como no le había visto nunca, por eso sé que tiene más tetas que la señora, pero lo de las tetas me lo callo y te lo cuento sólo a ti... Tuve miedo y también me entró la risa, tanto que me tuve que morder por dentro los mofletes y me hice sangre... Y aunque el perjudicado fue el señor, la que más me riñó fue la señora, y en ese momento descubrí por qué ella no me deja preparar su baño ni elegir su ropa, y es porque a veces me equivoco, que me hubiera gustado sacar tu inteligencia, abuelito... *(Pausa. Aguza el oído por si despierta el bebé.)* El señor y la señora tienen muchas discusiones, pero fíjate cómo es la gente que tiene educación, que no gritan ni se desmelenan como hacemos nosotros cuando nos enfadamos, sino que ellos hablan como por una esquina de la boca y con palabras que, al menos yo, no entiendo mucho... Yo, cuando discuto, y no digamos tú, abuelito, soltamos lo que tenemos dentro sin olvidamos nada y nos quedamos al final tan satisfechos, todo lo más sin dirigirle al otro la palabra, hasta que al final no nos queda más remedio que hablarle y es como si no hubiera sucedido nada, aunque se hayan cruzado bofetadas... Lo hemos visto tantas veces en el barrio, sin ir más lejos cuando tú casi le arreaste al maestro ese de escuela que se presentó en casa y me quería enseñar las cuatro reglas y que por qué no me llevabas al colegio... Y el pobre salió corriendo escaleras abajo y se dejó el bastón y a la noche se lo tuve que llevar a escondidas a su casa, y él tan amable, que vivía con su madre y con un gato que no se dejaba acariciar por nadie, eso me dijo, pero yo le tuve todo el rato sobre mi falda y él ronroneando, me refiero al gato... Y, ay, abuelito, me enseñó las cuatro reglas, los países y los ríos, y las montañas, que tanta rabia te dan a ti y la razón que tienes, y no te lo conté por eso, que tú no puedes ver una enciclopedia ni en pintura... Y el pobre maestro era una enciclopedia de todo lo que odias, pero que tampoco le hace daño a nadie, aunque sean cosas que no sirven para nada y las estén cambiando, día sí, día también, los que gobiernan... *(Con lástima.)* Pobre maestro, que su madre tenía

siempre lágrimas de otro hijo que le mataron en la guerra, y al maestro también se le escapaban y no guardó rencor de que le quisieras sacudir... Mientras que esta gente, el señor y la señora, que hablan suave por un lado de la boca, que es peor que andar a voces y te deja por dentro como si no fueras persona, igual que si te fueras deshaciendo, y te conviertes en más malo y más dañino... (*Con ilusión.*) La madre del maestro me dio unas rosquillas la tarde antes de venirme aquí y me dijo que para el viaje... Aguanté lo que pude sin comerlas, de ricas que tenían que estar, para que me duraran todo lo posible, pero me entró tanta hambre que primero me comí lo que llevaba y luego las rosquillas, que era verdad que eran riquísimas... (*Se entristece.*) Y cuando no me quedaron ni las migas me eché a llorar, acordándome de ti, del barrio, del maestro, de su madre y del gato que no dejaba que se le acercara nadie, pero que a mí se me dormía encima ronroneando... (*Vuelve a animarse.*) Aquí el único que es como nosotros, que también da voces y berrea, es el pequeñín, y qué alegría cuando pide la teta de su madre, que en su lugar le tengo que preparar el biberón... Pero terminarán por educarlo y no berreará, ni reirá, que es un gusto ver cómo gorjea, igualito que los pájaros y las palomas, sino que hablará con educación, como sus padres... Y si de mayor suelta tacos, como el señor... (*Con picardía.*) Tengo que procurar enseñarle algunos, para que los repita cuando se sienta triste y no tenga quien le acompañe, sobre todo en una noche como ésta, que debíamos estar contentos, pero hay mucha gente que no lo está, empezando por ti, abuelito, que estás solo y por eso no me mandabas al colegio, para que te hiciera de la mañana a la noche compañía, y lo poco que sé lo tuve que aprender de tapadillo, por el maestro tan bueno que perdió el bastón... (*Suspira.*) Yo también estoy triste, pero me consuelo pensando en el chiquitín, que me llamará dentro de un rato, ya lo verás... ¡Ay!, qué tonta soy, no podrás verlo, que te enterarás cuando te llegue la carta en cuanto pasen unos días... Pero hasta entonces te cuento que el pequeño me llena de alegría, no sólo por él, sino porque me recuerda al otro Niño, el que ahora mismito que te escribo está naciendo en un pesebre... (*Se lo piensa.*) O es posible que ya haya nacido, hace unos minutos, o unas horas... (*Preocupada.*) Es preferible que no tenga mucha prisa por venir al mundo, que aquí abajo hace frío y Él solo va a tener un buey y una mula para calentarse, mientras que está mucho mejor y más caliente dentro de la tripa de la Virgen...

De todas maneras, se ponga como se ponga, tiene que terminar naciendo en esta noche, aunque al pobre San José le habrán prohibido hacer una hoguera, porque como es tan viejo seguro que le tiemblan en la mano las cerillas y es capaz de prender fuego al establo... Como a ti, abuelito, que no digo que le prendas fuego a nada sino que también te tiemblan las manos, menos cuando te pones a descorchar una botella, que cierras el ojo como si fueras a enhebrar una aguja para coser, ya sé que tú no coses, y sacas un poco la lengua con una concentración como si gobernaras el país y te tuvieras que ocupar de un caso importante... (*Reflexiva.*) Por qué tendrá que nacer siempre en invierno, estando como están las calles con nieve y el viento ulula muchas noches como si fuera un búho, que las primeras veces que lo oí en esta casa me metía debajo de la cama, fíjate qué vergüenza si me hubieran descubierto... Y sólo se oye en mi habitación, será porque es pequeña... Luego ya me acostumbré, que estoy aprendiendo a ser valiente... Pero no siempre lo soy, que me acuerdo de ti, y de mamá, que está en el Cielo y cuidará del Niño que estará a punto de nacer, como yo cuido del pequeñín en esta casa... Y la preocupación que tengo es que, cuando nazca, mamá se quedará sin el Niño hasta el año que viene, que tendrán que devolvérselo hasta que vuelva a nacer, y así todos los años, pobre mamá.. Me pregunto cómo puedo acordarme tanto de mamá, si casi no sé la cara que tenía, aunque de tu cara me acuerdo con los ojos cerrados... Y del maestro, y de su madre y lo bien que me trataba mientras su hijo me enseñaba los continentes y los mares, que vete tú a saber si seguirán ahí, los continentes y los mares, o los habrán cambiado de lugar, que como decías tú, cuando el diablo no sabe qué hacer, con el rabo mata moscas, y los que mandan, de puro aburrimiento, pueden haber cambiado una isla por un mar, o una ciudad por un pasto lleno de vacas, y la gente no encontrará el camino para volver a su casa... Y seguramente por eso estemos todos tan perdidos, que no encontramos el camino del hogar, y se me ocurre que ésta es la explicación de que mamá se fuera y de que yo también me haya tenido que marchar, y muy pocas personas están en su sitio realmente... Abuelito, qué razón tenías en que no aprendiera, aunque el pobre maestro no tenía la culpa, que también él estaba perdido con su madre y no le servía de nada saber de geografía ni de números... (*Se lleva la mano a la boca.*) ¡Ay...! Ahora pienso si será pecado haber sacado a relucir al demonio (*se persigna*), precisamente en

esta noche... Que Dios me perdone haber nombrado al de las pezuñas, que no lo pienso nombrar más, y te estarás dando cuenta, abuelito, de que le llamo así, el de las pezuñas, y la rabia que le tiene que estar dando... Tengo que dejar de escribir, abuelito, que se me cansa la mano y el niño estará a punto de despertarse, y la verdad te digo que es una delicia, que cuando yo me río, él se ríe también... Le beso y le achucho procurando que no me vea la señora, pues no le gusta que lo haga, porque un día me lo dijo, que no lo besara, sino que lo cuidara sin más y estuviera atenta por si se despertaba... Y al decir esto, me miraba de esa forma que te deja tan mal, y te juro, abuelito, que lo del otro día me pasó sólo una vez y es que estaba muerta de sueño y no lo oí... Aunque la señora no me tendría que haber pegado, con las manos tan blancas y bonitas que tiene... Y pienso que así serían las manos de la Virgen, que ahora mismo, o un poco antes o un poco después, estará teniendo al Niño Jesús y poniéndole pañales y colocándole con mucho cuidado en el pesebre y diciéndole a la mula y al buey que se arrimen a su Hijo, aunque me parece que esto lo estará haciendo San José, que es tarea de padres, y yo sé y tú también lo sabes lo que cuesta que se mueva un animal cuando no, quiere... Y la Virgen, sin decirlo con palabras, pero mirando a San José, le pedirá que los animales se pongan al lado de su Hijo para que le den calor en una noche tan fría como ésta... Y el buey y la mula entenderán, que los animales son más listos de lo que parece, más que las personas, y se estarán dando cuenta de que ha venido Dios al mundo, que es lo que las personas no queremos muchas veces entender, que me explicó la madre del maestro que perdió el bastón que Dios es poderoso y si le diera la gana podía destruir al mundo, pero quiso venir como un niño sin poderse defender, y que esto era un gran misterio, pero a mí no me lo parece, pues si hubiera venido grande y fuerte y con una barba hasta los pies, le tendríamos miedo, mientras que quién le puede tener miedo a un pequeñín, que sólo pide que le quieran y es lo más fácil quererle a un pequeñín... Así que de misterio, nada, que a Dios, me lo dijo la madre del maestro, hay que quererle por encima de todas las cosas y fíjate tú qué fácil es... Te dejo, abuelito, que me parece que comienzo a oír al niño (*se oyen, en efecto, unos leves vagidos*), y lo que no quiero es que lllore... Si ves al maestro le saludas, y a su madre, y no le persigas ni le quites el bastón, y que no estén tristes o por lo menos que no lo estén esta noche, que tenemos hoy que ser

felices porque nos ha nacido un chiquitín que es Dios y hay que quererle, que es lo más fácil del mundo... Esta carta la colocaré en la mesa del señor, donde él pone las suyas y las echará todas juntas al correo, así me ahorro el sello... Y como tiene tantas, que es hombre importante, no se dará cuenta de que va también la mía... *(Comienza a sonar "Los peces en el río", cuya intensidad irá subiendo hasta el telón.)* ¡Adiós, abuelito, un beso muy fuerte...! Si supieras lo que te echo de menos... *(Se enjuga una lágrima, mientras dobla la carta, la mete en un sobre y lo cierra. Reflexiona unos momentos y escribe.)* Para mi abuelito, a la trasera de la plaza donde compra el vino, carta de su nieta que lo quiere y que espera verle pronto... *(Vuelve a oírse, esta vez más fuerte, al bebé. La NIÑA guarda la carta en su delantal y se levanta. Coge el biberón y comprueba su temperatura. En voz alta, con ternura.)* Voy, lloroncete, que ya sé que tienes hambre... ¿Pensabas que me había olvidado...?

(La NIÑA abandona el escenario, con crescendo fuerte del villancico.)

TELÓN

(Esta obra está inspirada libremente en el cuento *Vañka*, de Antón Chejov.)